

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
Fazio

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-500-072-8

I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Políticos y Sociales, en colaboración con el Instituto de Estudios Políticos y Sociales, de la Universidad Nacional de Córdoba.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

I

LA ALIANZA: ENTRE LA VIEJA Y LA NUEVA POLÍTICA

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
5 de abril del 2001

Es muy interesante hoy, cuando existen pocos lugares de debate sobre los temas estratégicos de la Argentina, esta iniciativa de FLACSO de tratar de sacar la política y la economía de la coyuntura e intentar una mirada un poco más amplia sobre la base de la experiencia, los errores y las cuestiones que en la mayoría de los casos permanecen pendientes.

Hace mucho que los partidos políticos no cuentan con centros unificados de debates y de propuestas para momentos no electorales, lo que hace que sólo se discuta superficialmente los programas cuando aprieta el calendario electoral. Poco se habla de la "nueva" relación entre la política y la economía, de cómo impacta el fenómeno de la globalización tanto en los márgenes de maniobra de los Estados nacionales como en la propia acción política, es decir, una nueva reelaboración de la vieja noción de poder al calor de las circunstancias, que desde hace tiempo vienen siendo muy distintas a las que conocimos.

El lugar mío hoy es muy difícil, tanto en la Universidad Nacional de Quilmes, donde estoy dando clases, como en este seminario. Por eso pensé mucho cuando Horacio (Fazio) me invitó a participar en este seminario, en tanto uno debe desdoblarse entre quien hasta hace poco tenía una activa militancia partidaria y quien ocupa el rol de profesor o de analista. Esta doble situación, si bien puede aportar mayor riqueza, también presenta algunas contradicciones que es necesario señalar.

Algunos puntos de vista que uno puede desarrollar en términos conceptuales, descifrados o traducidos hacia el interés de las luchas cotidianas o encerrados simplemente en la coyuntura, no sólo pierden perspectiva sino también significado. Por eso, ante la presencia de periodistas amigos que

vienen a cursar este seminario, quisiera acordar que esto no es un *reportaje* ni un *off*; tampoco una conferencia abierta al público. Los que me conocen saben que, equivocado o no, siempre he dicho lo que pensaba. Pero el problema no es éste, sino que lo dicho aquí se reproduzca fragmentariamente, o como notas periodísticas insertas en las coyunturas partidarias, lo que desnaturalizaría el sentido más integral que le quiero dar a las exposiciones. Al mismo tiempo, como mi participación incluye por cierto un grado importante de autocrítica, al haber protagonizado el fracaso de un proyecto político y de un gobierno que todavía continúa en el poder, resulta entonces que estas observaciones anteriores creo que son pertinentes. Para poner un ejemplo, hoy salió en un diario que venía aquí para hacer públicamente la primera explicación sobre mi renuncia, distorsionando el sentido de este seminario.

Aclarado este punto, quiero que tratemos de revisar en qué contexto nace el proyecto Alianza. A nadie se le escapa que la Alianza traduce una enorme demanda de cambio. Esta demanda de cambio merece un análisis más desagregado. ¿Cuánto había de ruptura con la experiencia de diez años de gobierno menemista? ¿Qué significaba el otro modelo? Aunque la palabra "modelo" como luego vamos a ver, nunca fue desde mi visión una caracterización que ayudase a precisar con más rigor los cambios. Pero en términos generales, el cambio estaba asociado a salir del desempleo, de la ausencia de equidad, de la falta de crecimiento de los últimos años y del enorme déficit institucional que abarcó toda la gestión de Menem, y cuya manifestación más ostentosa fue la corrupción y la impunidad, ambas todavía intactas.

Cualquier observador o cualquier damnificado por el desempeño de este gobierno, puede preguntarse si era necesario o conveniente que el Frepaso hiciera la Alianza. Otros, más cercanos al Frente, también podrían indagar desde lo contra-fáctico, si no hubiese sido mejor continuar solos, cumpliendo con el objetivo inicial de una fuerza alternativa al "bipartidismo imperfecto" reinante durante muchos años en nuestro país.

En primer lugar, quiero transmitirles qué es lo que me llevó a mí, quizás apresuradamente, o secundarizando problemas serios, a optar por la Alianza. Pensando en un mejor funcionamiento democrático, consideramos que era necesario encaminar el país a un régimen de alternancia política, es decir, romper con el hegemonismo que le permitía al justicialismo gobernar, subestimando cuestiones esenciales que hacen al funcionamiento de una república madura. Abuso de poder, corrupción, transgresiones a la ley, arbitrariedad y subordinación de la justicia y de las instituciones a los fines personales o partidarios, significaban un claro retroceso respecto a cómo debía funcionar una mejor democracia en la Argentina. Teníamos diez años de gobierno del Partido Justicialista y había dos fuerzas en la oposición; si no había una alianza, era imposible quebrar el proyecto he-

gemónico. Esto, desde la perspectiva del funcionamiento del sistema democrático.

Luego, no solo existía en la mayoría de la sociedad una demanda de alternancia, sino también de alternativa; es decir, que la fuerza que se ofrecía como relevo del justicialismo expresara claramente otra cosa. No era solamente turnarse en el poder, sino que esto tenía sentido si el proyecto expresaba claras diferencias con lo anterior. Esto es diferente de lo que ocurre en la mayoría de los países centrales, donde los partidos tienden a parecerse y a encontrarse en el centro con propuestas casi indiferenciadas y donde lo distinto radica en las historias, o sólo se visualiza en el plano cultural, pero cada vez menos en el económico o en lo social. Eso es lo que pasa hoy en general en Europa entre la socialdemocracia y la democracia cristiana o los conservadores. De lo que se trata en los países centrales en general, es quién convence al centro de que va a gestionar mejor la cosa pública, indiferenciándose respecto de los proyectos. Lo importante es la credibilidad de los candidatos, la eficacia de la gestión que antecede a la elección o la lucha por apropiarse de la voluntad de un 10 o un 15% de independientes de centro que definen la elección. Son sociedades que discuten puntos parciales, o una agenda muy particular, pero dentro de una cosmovisión o proyecto que no está en debate.

En nuestro caso, se trataba no sólo de alternarse en el poder sino de reinventar un proyecto para la Nación ya que el liberalismo sólo había articulado seis o siete iniciativas económicas que juntas no nos daba un perfil de país para los nuevos tiempos. La ruptura con el menemismo debía tener una base político-cultural y económico-social. La primera, porque el gran déficit histórico de las sociedades latinoamericanas ha sido el institucional, es decir, la dificultad para construir instituciones sólidas tanto en el plano jurídico-político como en el económico. Venimos de una historia de hombres fuertes y leyes débiles, de muy bajo apego a las instituciones y donde incluso los desempeños más exitosos de la mayoría de los actores económicos encontraron un suelo en general de cuasi-legalidad o de abierta ilegalidad. Sería para otro seminario debatir las condiciones sobre las que se desarrolló el poder económico en la Argentina. Pero los que supuestamente defendían la República o la legalidad en general, venían de la mano de proyectos autoritarios o conservadores; es por eso que casi no existió liberalismo en el verdadero sentido de la palabra.

Desde siempre, mi punto de vista fue que la Alianza debía instalar un nuevo contrato social que partiese de un piso institucional distinto y desde el cual se relanzara otro programa económico. Para decirlo de otra forma, si el menemismo había llevado adelante una modernización conservadora, elitista y concentradora del poder, la Alianza debía democratizar la democracia en todos los niveles. Ello implicaba un cambio en la naturaleza del poder político como base de otro modelo de Estado, de mercado y de so-

ciudad. Yo descreo que el sistema político actual sea capaz de liderar un proyecto económico alternativo. Y es en este sentido donde no era difícil percibir que la demanda era de una fuerte ruptura con el sistema de poder heredado; en tanto la continuidad política tendería a reproducir los mismos beneficiarios y perjudicados, y también los mismos efectos de inequidad y desigualdad.

Es posible, y esto dicho de modo autocrítico, que hayamos subestimado algunas cuestiones sustantivas. Primero, que la hegemonía cultural que el Frepaso había logrado desde la oposición, no podía ser correspondida en el plano de la estructura, respecto del radicalismo. Es decir, una gran asimetría de "poder relativo" disimulada en la oposición, pero que se iba a sentir a la hora de gobernar; cosa que pasó. Segundo, la escasa experiencia de gestión del Frente con relación al radicalismo era también notoria. Y por último, y quizá lo determinante, que en un régimen presidencialista, ajeno a la experiencia de gobiernos de coalición, las características de quien fuera el presidente iban a ser decisivas, precisamente por las características dominantes de nuestro régimen político. Aun cuando se pudiesen expresar desacuerdos entre los partidos de la coalición, más que enriquecedor, era un seguro de crisis o de percepción de no gobierno o de gobierno deliberativo. La mayoría de la población reclama y necesita ver en un gobierno unidad de mando, cierto piso de homogeneidad en la dirección y eficacia en la ejecución; sobre todo cuando el país atraviesa una situación recesiva y de crisis.

La demanda de alianza expresada por el grueso de la población era tan fuerte y notoria como el agotamiento, la saturación y el desamparo que sentían después de tantos años de gobierno menemista. El sólo pensar en otra victoria del justicialismo liderada por los mismos hombres que habían protagonizado la etapa Menem, hubiese disparado desde la mayoría de la sociedad la acusación de sectarismo, ambiciones personales o mezquindad por no haber formado la coalición.

Debo reconocer que en nuestra fuerza no promoví un debate más a fondo sobre el desafío y los riesgos de participar de una experiencia de gobierno nacional, y tampoco el radicalismo nunca alentó una revisión crítica sobre su fracaso anterior o una renovación de los modos de producción de la política. Existía una suerte de dinámica inercial alentada en 1997 por el triunfo electoral que conducía casi linealmente al gobierno. A esto debe sumarse que, como sigue sucediendo hoy, ninguno de los partidos había sistematizado un plan de gobierno con la debida anticipación y con el rigor que exigían circunstancias altamente conflictivas. Esta falta de pensamiento y de trabajo sistemático en equipo sobre las cuestiones más importantes que debía asociar la formulación teórica de los problemas con la preparación efectiva para la gestión, es uno de los déficit más elocuentes del conjunto de los partidos políticos hoy en la Argentina. Esta falta de

trabajo previo al programa, que siempre es un catálogo de generalidades y de buenas intenciones, lo evidencia hoy el justicialismo que se siente el próximo destinatario del poder.

La paradoja es que el reclamo de cambio económico y el acuerdo sobre el agotamiento de lo que imprecisamente se denomina modelo, requería y requiere una articulación muy rigurosa acerca de lo que hay que hacer en el país, y un delicado equilibrio o difícil armonía que hay que conciliar entre las demandas del mercado y la legitimidad social. Traducido, entre el poder hegemónico que asocia sectores internos y externos y las necesidades, por largo tiempo insatisfechas, del conjunto social.

Cuando hablamos que en el reclamo de cambio económico se incluía la demanda de otro modelo, entramos aún hoy en un terreno entre impreciso y hasta a veces contradictorio. Primero, porque el modelo para muchos era y es sinónimo de la convertibilidad, que en parte es correcto, en tanto instrumento que define los precios de la economía y su mayor o menor competitividad, entre otras cosas. Pero al mismo tiempo, colocaba y coloca hasta hoy un límite político-económico indisimulable. Ningún dirigente o economista, a no ser que no tenga la mínima posibilidad de conducir hoy la economía, o ningún dirigente político que no juegue nada en cuanto a su representatividad, puede decir públicamente que hay que salir de la convertibilidad para devaluar. Si los "antimodelo" eran o son devaluacionistas, lo deben ocultar, disfrazar o morigerar. Los "antimodelo" con convertibilidad casi no existen porque aparecería como un contrasentido que un nuevo modelo parta de un sistema de cambio fijo, desaconsejado hoy en la mayoría de los países del mundo.

Yo tiendo a pensar que lo que se definía como modelo era un recetario que estaba en línea con lo que fue el Consenso de Washington, que conjugaba en cinco o seis decisiones de reformas pro-mercado, que aplicadas coherentemente iban a permitir casi automáticamente un crecimiento sostenido de la economía. Desregulaciones, apertura, reforma del Estado, privatizaciones y mercados libres garantizaban, según la óptica predominante de los años ochenta y noventa en América latina y en los llamados mercados emergentes, el éxito económico. Este catálogo reduccionista comienza a tener sus propios críticos entre los mismos tecnócratas que los proponían como solución en aquellos años, como por ejemplo el ex vicepresidente del Banco Mundial, Joseph Stiglitz.

Desde mi punto de vista, y evitando empantanarnos en la noción de modelo, lo que necesita la Argentina es tener una estrategia de desarrollo productivo, que significa el desarrollo del mercado interno y una inserción más competitiva en la economía internacional. La noción de modelo remite más al conjunto de la sociedad; no sólo a su economía, sino también a sus instituciones y la mayor o menor cohesión social. Por eso, para mí es más pertinente hablar de modelo de sociedad o de nación que de modelo

económico. Desde una visión puramente economicista, jamás se podrían explicar los grandes procesos de cambio que protagonizaron el radicalismo y el peronismo en distintas etapas de nuestra historia, e incluso los límites políticos del proyecto de la generación del ochenta.

Lo dramático de nuestro país es que no se llevan adelante cuestiones que están fuera del debate, sobre las que existe un amplio consenso en la ciudadanía, como por ejemplo: regular con eficacia y transparencia; desmonopolizar un capitalismo casi sin reglas ni riesgos; obligar a cumplir con la ley y los contratos; limitar las ganancias extraordinarias, ajustar una política tributaria a la nueva estructura económica del país y construir un poder capaz de ponerle fin a los privilegios; hacer pareja y cumplible la ley y gestionar eficazmente organismos vitales a través de los cuales se despilfarran recursos o se los utiliza de manera clientelista. Cuando hablé anteriormente de crisis de las instituciones, incluí las económicas, porque no es casualidad que el deterioro del sistema político y su degradación conviva con la dificultad para combatir la evasión, el contrabando, las superganancias o los monopolios. En un sistema institucional perforado por los intereses particulares es lógico que la falta de autoridad y eficiencia se proyecten en el centro de decisión de las principales instituciones.

Por cierto que cuando hablamos de la vulnerabilidad de la economía argentina, hablamos del peso excesivo de su deuda, de los condicionamientos externos, su alta dependencia del ingreso de capitales y también, y principalmente, de su extranjerización, que hizo que no tuviéramos hoy un conjunto de conglomerados nacionales competitivos, que asociados con las pequeñas y medianas empresas pudiesen ser la locomotora de un proceso de expansión y crecimiento.

Visto desde el sentido común, la mayoría de la sociedad intuía que un ciclo había terminado en los ochenta y que era inexorable un proceso de readecuación y de modernización, pero, a diferencia de la modernización conservadora de Menem de los años noventa, ahora la mayoría reclamaba una modernización asociada con el crecimiento, el empleo, un Estado eficaz y una mejor distribución del ingreso. No era volver hacia atrás, sino cargar a la economía de producción y de trabajo, y de mayor equidad, frenando la exclusión social y la cada vez mayor desigualdad.

Lo que resulta hoy, visto en el tiempo, es que ese cambio que pedía la sociedad era difícilmente compatible con un dirigente tradicional atado a los peores compromisos corporativos y con una concepción conservadora que, en lo económico, lo llevaba a aliarse automáticamente con los sectores dominantes del país, y en lo político, legalizar la continuidad de los peores vicios. Es decir, la Alianza tenía un candidato que no coincidía con un sistema de transformaciones profundas que había que liderar en el plano político, institucional y cultural, y con los cambios de política que había que comenzar a instrumentar desde lo económico.

Quiero hacer otra digresión política sobre la construcción partidaria, vista desde el Frepaso. La dificultad de una tercera fuerza en el país, que eventualmente puede ser segunda, con un proyecto de transformación, es que a mayor grado de concentración económica y hegemonía de los sectores financieros, se necesitan mayores niveles de consenso, de acumulación de fuerzas y de recursos institucionales para compensar o equilibrar esas visiones, que no solo están regidas por una lógica interna del interés, sino por su entrelazamiento en la globalización con los sectores financieros internacionales.

Ganar una elección está muy lejos de ser sinónimo de tener poder, en tanto las asimetrías entre los mercados y la sociedad son las que deben equilibrarse desde un Estado activo y eficiente; y esto requiere una política altamente creíble, que es lo que falta hoy. Los límites del tercer camino son precisamente la distancia que va entre el discurso y los recursos políticos para instrumentarlo, más allá del tiempo que insuma una alternativa estratégica al bipartidismo.

Cuando se llega a una situación de relativo poder como en el caso nuestro, allí se visualiza en concreto, y más allá de los discursos de campaña o arengas desde la oposición, la voluntad o no de cambio, la predisposición, aún en una situación difícil y con un contexto complicado, de intentar modificaciones o una actitud adaptativa a la situación heredada. La moderación funcionó no como una virtud diferente a la transgresión perversa, sino como opción para salir siempre por el mismo lugar, el de la conservación de los intereses ya dados.

La referenciación económica y el propio equipo de la Alianza no ayudaban a resolver esa debilidad. Porque si bien el ex ministro de economía José Luis Machinea había sido una suerte de nekeynesiano en la oposición y mientras asesoraba a la Unión Industrial Argentina, su propio balance respecto a la gestión durante la presidencia de Alfonsín era negativo, lo que de movida generaba un flanco complicado.

Por otro lado, el espacio intelectual en la Argentina respecto al pensamiento económico está dominado por los operadores o los intelectuales orgánicos de los mercados. Desde hace tiempo no existe, como ya dije, un ámbito de estudio y trabajo sistemático que se corresponda con el pensamiento promedio de un sistema político de tradición no liberal. No había ni en la UCR ni en nuestra fuerza un *think tank* con iniciativas, propuestas o estrategias con fundamentos sólidos diferenciadas claramente de los que expresan la Fundación Mediterránea, FIEL o el CEMA. Esto implica contar con un equipo de varios años de trabajo que hubieran sistematizado una verdadera estrategia de crecimiento productivo para el país, que por un lado tuviese reconocimiento en la parte más informada de la sociedad y, por el otro, prestigio y reputación en los propios mercados. Éstas son dos condiciones que deben ir de la mano, sobre todo si la autoridad

presidencial es dubitativa o está inclinada naturalmente hacia los intereses conservadores.

Esto no era un problema al comienzo de la democracia, antes de la hiperinflación y en la antesala de la acentuación del proceso de globalización. A pocos les importaba quién iba a ser en Ministro de Economía de Luder, Alfonsín o Cafiero en 1983. Pero ya desde la disparada del proceso inflacionario, la traumática crisis económica de 1989 y la mayor vulnerabilidad y dependencia externa del país, la reputación del equipo económico y de quién lo referencia es un dato político relevante. Y si bien los mejores hombres del radicalismo en economía no provenían del pensamiento ortodoxo, su participación durante el gobierno de Alfonsín había quedado estigmatizada como un fracaso, tanto para los que aspiraban a otra economía como para quienes simplemente esperaban la continuidad del esquema anterior. Es decir, hacia adentro de la Alianza y hacia fuera, se partía de una cierta debilidad como consecuencia de no haber constituido con suficiente anticipación un equipo, que más allá de los nombres, pudiera mostrar una propuesta si no acabada, por lo menos lo más cercana a ello.

Ustedes podrán acotar que sólo tienen reputabilidad en los mercados, los que están alineados o los que traducen simplemente sus demandas, mientras que cualquier economista crítico o con otro perfil será siempre sospechado. En parte esto es así, pero no nos desresponsabiliza, ni antes ni ahora, de nuestras insuficiencias para convocar y organizar equipos propios, no sólo en los momentos electorales, sino que intervengan con autoridad en los debates públicos en tanto individualidades o académicos, pero también como parte de un proyecto político que debe sobre todo manifestarse en el terreno económico. No es sólo una persona, un iluminado, sino un conjunto de técnicos que subordinados a la estrategia política puedan mostrarse idóneos y eficaces en cada una de las áreas en donde hay que gestionar.

Si existen este tipo de debilidades, luego hay que sobreactuar para obtener la confianza de los mercados, que a diferencia del pueblo, votan todos los días. Esto explica en parte cómo los partidos que asumen por el centro-izquierda terminan gobernando casi excluyentemente por la derecha. La improvisación, la ausencia de equipos, la "tercerización" de los saberes y el clientelismo partidario se terminan pagando muy caro. Esto, en parte, ya lo había experimentado el gobierno de Alfonsín, incluso con economistas que provenían de una escuela de pensamiento distinta de la ortodoxa o liberal y que eran respetados por sus conocimientos técnicos.

Además, ciertos sectores vinculados al entorno del Presidente, con gran influencia sobre sus decisiones, aparecían netamente encuadrados en el pensamiento continuador de la gestión de Roque Fernández y Carlos Rodríguez, cuyo pensamiento político a nadie se le escapa es similar al de la UCD. Desde esta perspectiva no solo pujaban por incidir en las decisiones

económicas, sino que consideraban a la Alianza como un transbordador que había servido para depositar a De La Rúa en la presidencia, pero que no era el instrumento adecuado para gobernar. Combinaban lo peor de la política, las peores prácticas, con la visión más ortodoxa de la economía. Es decir, planteaban un proyecto de continuidad con la política menemista, en tanto también como ésta, conciben a la política como un negocio. Son quienes de movida plantean la conquista del *investment grade* y un alineamiento automático con los sectores financieros. De la sociedad con esos sectores dependía entonces que la Argentina volviera a crecer. Una suerte de manual elemental, encuadrado con la chatura y la mediocridad de quienes lo recitaban. Siempre estas propuestas están "acompañadas" de grandes contactos en Wall Street, de viejas y nuevas amistades con los banqueros más influyentes y con una información *on line* que permite opinar aparentemente sin márgenes de error.

Es natural que a este pensamiento económico le correspondiese otra alianza política, que es lo que se buscó desde el comienzo a pesar de la ambigüedad y del zigzaguo del propio Presidente. Unos, por concepción querían otra Alianza parecida a la menemista, y los otros, desde la cultura propagandística, confundían *marketing* con gestión y querían transformar al Presidente en De Gaulle. Es decir, diluir la Alianza en la autoridad suprema y única del Presidente.

No olvidemos que quienes participan del CEMA, en general son todos adherentes a la UCD y, precisamente, la coalición menemista era una alianza social entre los votantes históricos del peronismo y quienes adherían a los principios más conservadores.

Al mismo tiempo que dominaba esta concepción, lo que uno notaba era que los economistas, casi mayoría en el primer gabinete, no tenían una idea medianamente parecida a lo que debía ser una estrategia de desarrollo, más allá de las dificultades y de los vaivenes de la coyuntura. La única coincidencia era achicar la brecha fiscal, pero desde una concepción que a todas luces parecía superficial y hasta simplista. Desde el lado político del gabinete, pensábamos en una batería de medidas más heterodoxas que pusieran más el énfasis en la recuperación del crecimiento, porque lo que empezaba a notarse con crudeza era la continuidad de una prolongada y profunda recesión.

Desde la perspectiva política, la presencia de un conservador como presidente, es decir, complicado y activo participante de las peores formas de concebir y hacer política en el país, más cinco economistas y un amigo que le planteaban la resolución unidimensional del déficit fiscal como salida a todos los problemas, y un equipo económico que arrastraba el "karma" del fracaso, constituyeron un clima, donde el cambio cedía a la continuidad. En ese contexto, el compromiso y los incentivos para salir de lo anterior y parir lo distinto empezaban a ser difícil de reconocer.

Yo siempre fui consciente de que la salida económica no era simple. Nunca hicimos demagogia y quizá por ello hemos pagado muchos costos; entre otros, haber apostado en el comienzo a transmitir un sentido de unidad y acompañamiento que fortaleciera al gobierno, aunque muchas cosas pudieran no compartirse. Plantear las diferencias y que éstas se hicieran públicas podía ser simpático en determinados círculos, pero la imagen del gobierno hubiera comenzado a ser la de desorden y enfrentamientos en el propio seno del oficialismo. Visto el problema desde hoy y después de lo que pasó, se impone una autocrítica respecto a la necesidad de haber sido más firme en la defensa de ciertas posturas, respecto a la salida de la crisis económica.

La crisis del Senado abría una gran oportunidad para marcar un cambio de ciento ochenta grados desde el punto de vista institucional. Una frontera entre la degradación y el comienzo de otra etapa. Expresar con contundencia que en el país iban a regir reglas que terminaran con la corrupción, que es uno de los grandes temas de la crisis argentina y una de las explicaciones, no la única por cierto, de nuestra decadencia como Nación.

Lamentablemente, al estar el gobierno involucrado, cosa que demuestra la complicidad con el viejo y aún vigente entramado de poder en el país, se perdió una enorme oportunidad para convocar a la sociedad a protagonizar otro camino.

Se optó por el sistema de poder que dominó la Argentina desde la vuelta de la democracia. Una lógica que pivotaba sobre las transacciones por debajo de la mesa; los acuerdos constituidos por operadores de dudoso origen, y los negocios políticos bipartidistas que dominaban la vida político-institucional. Estos acuerdos explican el funcionamiento ilegal de la política, la manera de acumulación de espacios de poder por parte de los partidos, la pérdida de autonomía de la política respecto a los sectores económicos más concentrados, y como conclusión, el creciente proceso de deslegitimación social de la práctica política.

El tema de la recuperación de la autoridad social de la política, su relocalización en el centro de la decisión y su capacidad de arbitraje entre sectores cada vez más asimétricos respecto de su poder, era decisivo. Todos sabemos que hoy el principal problema del país es el crecimiento, la distribución del ingreso y el empleo, pero la calidad de la política y de sus instituciones para mejorar esos problemas no es neutral. No es lo mismo una gestión que combata a fondo el clientelismo en el aparato estatal, controle los recursos, tenga políticas públicas transparentes y supervisables, a que los partidos sigan pensando al Estado y las instituciones como medios para el financiamiento y la acumulación de poder partidario. Algunos nombramientos en los lugares clave o estratégicos del Estado marcan con una gran nitidez el espíritu clientelista o partidocrático que termina socavando la propia esfera pública. Cuesta entender cómo partidos que se di-

cen defensores respecto de lo público frente al mercado, hacen un uso tan anacrónico y discrecional de los espacios públicos. Véase como ejemplo los manejos partidarios de la Universidad de Buenos Aires, para contar sólo con una muestra que es suficientemente explícita.

La transformación de la política es fundamental para regular lo que hay que regular, controlar donde no hay prácticamente controles, desmonopolizar donde hay conductas anticompetitivas y refundar un Estado eficaz y menos costoso; cuanto menos recursos hay, más estrictos hay que ser. Sin embargo, nada se hizo para mejorar los controles sobre las empresas de servicios, para traducir las demandas de los usuarios y para mostrar que se abría un momento distinto en la construcción de un capitalismo moderno, con reglas y controles eficientes y profesionales.

Es cierto que no existe un único camino, una única alternativa. Lo que yo comprobé es que los compromisos y las complicidades de un sistema político anacrónico, cierran las opciones, en tanto lo que se puede cambiar no se quiere hacer porque termina tocando intereses en las fronteras entre el poder económico y el poder político. La mayoría de la sociedad no se equivoca cuando percibe que la política se apropia de una porción de la renta nacional cuando canjea decisiones estratégicas a cambio de recibir contribuciones para las campañas o para mejorar la propia situación individual.

La denuncia que hizo la senadora Sapag sobre sobornos para votar la ley de hidrocarburos es clarificadora. No consiste solamente en la paga, sino que la ley va a perjudicar a las provincias petroleras, y esto puede significar una merma importante de recursos para los gobiernos y las poblaciones de esas provincias. No es lo mismo una ley que promedia el interés de las empresas por invertir y ganar con el de la Nación y las provincias, que una ley votada mediante procedimientos espúreos que termina privilegiando exclusivamente a una o dos empresas extranjeras privadas.

Acordémonos de la Ley de Correos, votada casi por unanimidad en el Senado, y saquemos conclusiones de cómo afecta el funcionamiento del sistema político decisiones económicas importantes y con fuerte impacto sobre la sociedad.

La crisis de representación y la debilidad de un régimen político perforado por diversos intereses, es parte significativa de la defraudación de expectativas. Yo estoy convencido de que es una de las claves de los fracasos, aun cuando todos sabemos que un país puede crecer al 5 o 6% anual, conviviendo con un altísimo grado de corrupción. Ésta es lamentablemente la apuesta de la mayoría del régimen político hoy. Lo que seguro no se puede mejorar con el actual grado de deslegitimación es la regresiva distribución del ingreso. Para ello se necesita otra calidad de la política y otro funcionamiento del conjunto del sistema institucional.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Sobre la situación económica al inicio del gobierno de la Alianza.

Respuesta: Las dificultades que atraviesa la Argentina son de diversos tipos. La ausencia de un proyecto estratégico e integral, creo que es lo más importante. Luego su vulnerabilidad externa, que tiene que ver con su precaria e insuficiente inserción en el mercado mundial; el propio régimen de paridad fija y la sospecha que comienza a percibirse sobre las posibilidades del país de poder afrontar sus compromisos externos. Otros países tienen una deuda con relación al producto mayor que la Argentina, pero cuentan con ingresos asociados a sus exportaciones, al crecimiento y a la recaudación impositiva que no permiten dudar sobre su solvencia, como puede ser el caso italiano por ejemplo. Descreo que esto pueda arreglarse solamente tocando algunos aranceles, como plantea Cavallo, sin alterar los precios relativos, y entre ellos, el costo del dinero y los servicios. El esquema de salida debería contemplar un ataque en todos los frentes: reprogramación de la deuda, reformas del Estado, baja de tarifas, nueva ley de coparticipación y un esquema tributario distinto.

Respecto a la convertibilidad, como alguien dijo, es un tema similar al de las drogas; es fácil entrar pero difícil salir, más aún cuando la mayoría de la sociedad la percibe como una regla no sólo económica sino también como una institución que genera cierta certidumbre en un país incierto; al margen del miedo que genera una devaluación en los sectores endeudados. Por eso, si desde el punto de vista estrictamente técnico o académico, es sencillo diagnosticar su agotamiento, la salida presupone un alto nivel de incertidumbre y de posibilidades de caos. La memoria hiperinflacionaria y los efectos negativos de las devaluaciones desde el punto de vista social, también juegan en contra de las posiciones que no dudan sobre la necesidad de salir de la convertibilidad.

Pregunta: Sobre la participación social y las restricciones de la globalización.

Respuesta: El tema de la representación social ya lo planteé cuando describí cómo se construyó el sistema de representación en la Argentina. La historia marca que el país tuvo instituciones muy débiles, liderazgos de carácter plebiscitario y una cultura "estatalista" que dificultó la construcción de una sociedad civil más fuerte. La actual crisis de la política debería abrir un espacio en la discusión sobre nuevas formas de participación y una mayor capacidad de autogestión desde la propia sociedad. Si la crisis

refuerza los mecanismos clientelísticos del sistema político y los regímenes electorales van perdiendo legitimidad social, debería comenzar a darse, por un lado, corrientes renovadoras fuertes al interior de los partidos, y al mismo tiempo, apertura e impulso a otras maneras de involucramiento y compromiso con lo social y lo público. Ninguna de estas dos cosas se observa hoy. Lo que funciona es el discurso banalizado y superficial de la antipolítica por parte de todos los que quieren caer simpáticos en la opinión pública, pero sin un diagnóstico más profundo y estrategias adecuadas para re-legitimar la función de la política. Por un lado, los "ajustadores", o los que miran sólo el lado del gasto, y por el otro, quienes con el pretexto de defenderse de ellos, justifican casi todo; aparte porque el poder de las oligarquías partidarias depende en gran medida en que mucho de lo peor no cambie. Es claro que los partidos no canalizan ninguna forma de participación ni mediación; las ONG y demás asociaciones son débiles e insuficientes. Una de las tareas es pensar y proyectar iniciativas que, aún en la crisis, disparen una capacidad de invención hoy inexistentes.

La globalización es, dicho en forma elemental, un proceso que acentúa los niveles de interdependencia y acorta los espacios y los tiempos; por lo tanto, nadie puede quedar al margen de un escenario cuyas condiciones de desenvolvimiento afectan a todos, en mayor o menor medida. En este marco, los espacios de maniobra de los Estados se angostan y las crisis externas, que antes afectaban sólo a los vecinos, hoy pegan más fuerte sobre toda la periferia mundial, y específicamente a los países más vulnerables como la Argentina. Estar, por otro lado, atados a la moneda más fuerte del mundo, restringe aún más. Por lo tanto, hay decisiones y efectos que desempeñan un papel preponderante en el país pero son de carácter extra-nacional. Yo pienso, por ejemplo, que es imposible recuperar estructuralmente el equilibrio fiscal y el crecimiento, si no se reprograman los pagos de la deuda. Esto tiene que ver con debatir aspectos de la globalización como la economía "casino", donde la primacía de la especulación y lo financiero sobre lo productivo, termina ahogando en parte, las posibilidades de desarrollo del país. Para ello, hay que unificar fuertemente el frente interno y avanzar en la integración regional para reequilibrar parcialmente las asimetrías de un proceso de globalización que conlleva para nosotros más amenazas que oportunidades. Los países de la región deberían avanzar en alinear los tipos de cambio y el nivel de apertura de las economías y luego asociarse en emprendimientos conjuntos para ganar más espacios en los mercados internacionales. Cuando se habla entonces de unidad nacional, lo primero es encontrar los denominadores comunes de un proyecto estratégico, y luego la competencia debería centrarse en cuál fuerza política tiene más capacidad, más credibilidad y más consenso para gestionar esas ideas fuerza. Acá es lo contrario, la disputa por el poder parece vacía de contenido, y luego ese contenido lo pone la crisis o alguien que la gente no votó.

Pregunta: Sobre el régimen político.

Respuesta: La crisis de autoridad presidencial, casi promediando el período constitucional, abre un interrogante: ¿tiene el país recursos institucionales para resolver la crisis de un gobierno que fracasa, entre otros motivos, por la ineptitud presidencial? Pocos serán seguramente quienes vayan a pretender adelantar los plazos de renovación presidencial en un país donde luego de recuperarse la democracia, el primer presidente tuvo que irse antes, el segundo está bajo arresto domiciliario —no sabemos por cuánto tiempo— y el tercero tendría que ser relevado por ineficaz antes de los cuatro años. Esto describiría un país “anormal”; por eso, hoy la mayoría quiere que De la Rúa termine su mandato, pero al mismo tiempo se interrogan si esto será posible. En una mirada de mediano plazo, podría comenzar a debatirse si no es mejor tener un sistema semi-presidencialista o semi-parlamentario. Pero estamos a años luz de esto por el desprestigio y el grado de deterioro que tienen en el país los cuerpos legislativos en general. El Senado es un ejemplo grandilocuente de los manejos más turbios y las transacciones más espurias que recorren nuestro sistema político. Es imposible debatir un cambio de régimen en el contexto degradante de la política actual. En otro marco, y una vez concretadas una renovación de las estructuras partidarias, cambios en los sistemas electorales, leyes eficaces sobre el financiamiento de los partidos y un plan de saneamiento integral de las prácticas políticas, es lógico que pudiera discutirse si ayudase o no a la democracia modificar ciertos aspectos del régimen político.

Pregunta: Sobre las plataformas políticas y propuestas alternativas.

Respuesta: Mi experiencia política y mis conocimientos sobre otras realidades me hacen ser escéptico respecto al valor de las plataformas y que los cambios cualitativos de la política pasen por este punto. Primero, porque quienes leen en verdad las plataformas son una ínfima minoría de la población, y luego, porque como fue siempre, y más ahora, en la etapa de la personalización de la confianza y la credibilidad, la figura de los candidatos, su desempeño mediático y el peso de los partidos son los que definen las orientaciones de la opinión pública a la hora de elegir. Sí creo que los sucesivos fracasos gubernamentales van ir haciendo más desconfiables las propuestas genéricas o los buenos deseos y la venta de paraísos que, llegado el momento, se conviertan en purgatorios, cuando no en infiernos. Un mayor sinceramiento y una mayor correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace son vitales para mejorar la relación entre la política y la sociedad. También la crisis de opciones es percibida por la mayoría, más allá de que todo dirigente diga que no es tolerable el pensamiento único y que tiene su propia receta salvadora, tiende a restarle valor y productivi-

dad a la política. ¿Cómo va a creer fácilmente la gente en alternativas si cada uno tiene su propia solución? Casi nadie tiene equipos que la refuercen, y mucho menos poder para llevarla adelante. Las opciones aparecen como elucubraciones individuales, que pueden sonar más o menos coherentes, pero que carecen del conjunto de atributos que debe poseer un modelo más integral de país. ¿Las pueden tener quienes acompañaron a Menem durante diez años casi sin discutir nada? ¿Las pueden tener quienes cuando tuvieron su oportunidad fracasaron? ¿O se puede creer que las tenga algún legislador suelto, minoría en su partido, o algún representante de una fuerza política que puesta a competir pasa apenas el piso de la representación? ¿Pueden tener un proyecto en serio partidos que tienen tantas fundaciones o centros de estudio como corrientes internas, o partidos que nunca aparecen debatiendo nacionalmente los temas de envergadura? Es cierto que hay que salir del pensamiento único. Pero también es cierto que es una tarea de una gran envergadura política, conceptual, técnica y de un conjunto de saberes, de experiencia y de eficacia que no es sustituible por un discurso cuyo formato obedece simplemente a las demandas coyunturales. Yo lo que he comprobado es que en nuestro país existe un margen muy grande para transformar y que no se avanza por intereses y compromisos, y, en cambio, se apela a lo discursivo y a lo genérico que encuentra hoy poco eco en la sociedad; o si no, a la enunciación de alguna que otra medida que puede sonar transgresora o progresista, pero que está muy lejos de ser parte constitutiva de una estrategia integral. Por eso, soy de la opinión de ir trabajando transversalmente un sistema de ideas más riguroso, sin la compulsión de la agenda electoral y al mismo tiempo generando confianza y acuerdos hacia adelante. No rehuyendo la coyuntura pero tomando conciencia de que el cortoplacismo es el aliado más fuerte que tiene el pensamiento único y el actual sistema de poder. El Frepaso fracasó en su intento de contribuir a hacer política y pensar la Argentina desde una lógica diferente a la de los actores tradicionales; en gran parte, fuimos absorbidos por lo viejo, y en algunos casos, por lo peor. Sin embargo, en la base de la sociedad sigue intacta, o es aún mayor, la demanda por lo diferente. Ojalá podamos colaborar con quienes puedan retomar esas ideas, o dicho más claramente, ojalá que existan otros protagonistas que puedan expresar el vacío de representación y de expectativas que deja esta experiencia.